





BRIO BARLE



Luis Ropero

BRIO BARLE



Primera edición: marzo 2024  
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.  
© Luis Roperó

ISBN: 978-84-10253-12-4  
ISBN digital: 978-84-10253-13-1  
Depósito legal: M-8131-2024

Editorial Adarve  
C/ Luis Vives, 9  
28002 Madrid  
[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)  
[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi hijo*





# I

Jueves, 13 de enero

Daniel accionó lentamente el pedal de freno y su flamante y razonablemente potente Renault Clio blanco, estrenado dos meses antes, equipado de lujo con todos los accesorios que permitía la marca para este modelo, se detuvo a dos metros de la discreta, imponente y opaca verja metálica de color verde oscuro que daba acceso a las instalaciones de experimentación secretas de Brio, enfilando el corto y angosto camino asfaltado hacia la entrada a las mismas en un soleado día que había contribuido en parte a elevar su espíritu. La llamada de la noche anterior de Martín Urriaga no había hecho sino enfurruñarlo aún más que el frío invernal que no era santo de su devoción.

Siguiendo instrucciones de un amable y protocolario guardia de seguridad impecablemente uniformado al modo militar de combate en color negro, se dirigió hacia el aparcamiento subterráneo con entrada por el flanco izquierdo de la edificación y estacionó el vehículo de su propiedad con el que le había obsequiado la agencia al lado del Mercedes Clase E granate de Martín Urriaga, director general de Brio, quien había arribado poco antes.

Discretamente alto, fornido, pero sin un gramo de grasa, nariz recta y labios ligeramente gruesos, Daniel Ros, Dan, como le llamaban sus allegados, clavó sus ojos marrones en el espejo retrovisor y se atusó el cabello negro, que no daba signo alguno de

flaqueza a sus treinta y siete años. Siempre impecable e informalmente vestido, Daniel salió del vehículo, se enfundó su cazadora de ante de color marrón que hacía juego con su pantalón chino negro, su jersey gris claro y zapatos negros y anduvo hacia la escalera que comunicaba el aparcamiento subterráneo con la planta baja.

Manza, como así había sido denominado por Martín el complejo en el que se encontraba, constituía un enclave estratégico para la investigación, desarrollo e innovación de productos y servicios excepcionales y de presumible gran trascendencia a nivel individual, social, político, económico y logístico. En una enorme finca ubicada a cincuenta kilómetros de Puertollano, a noventa de Ciudad Real y a trescientos de Madrid, por el suroeste, y a ciento cincuenta de Córdoba, por el norte, entre las localidades ciudarrealeñas de Brazatortas y Alamillo, habíase construido en tiempo récord y con total secretismo un moderno edificio pulcramente encubierto bajo la apariencia de un cortijo típico del hábitat rural meridional español, camuflado entre encinas y únicamente visible desde el aire.

Manza, lejos de alardes arquitectónicos, se componía de un bloque de dos plantas en forma de «T» en dirección norte con una nave central de cuarenta metros de largo por veinte de ancho y algo más de tres metros de altura por planta, que se bifurcaba a derecha e izquierda al final de la nave central en dos alas de diez metros adicionales cada una de ellas tanto en longitud como en anchura. El interior del complejo era enteramente blanco como la nieve.

Los hermanos Joao y María Almeida, reputados científicos, naturales de Castelo de Vide, de treinta y ocho años de edad, él, y treinta y seis, ella, gobernaban mancomunadamente el complejo por delegación del poderoso Martín Urriaga.

Daniel subió de dos en dos las escaleras y accedió al vestíbulo de recepción que se encontraba situado en el lado derecho de la nave central, equidistante de ambos extremos de la misma. Un agente de complexión normal le atendió amablemente.

—Buenos días, señor Ros. Es un mero trámite, pero necesito su identificación.

—Buenos días. Aquí tiene —saludó Daniel con idéntica educación mientras extraía de su cartera su documento nacional de identidad y su acreditación como agente especial de Brio.

—El señor Urriaga y los doctores Almeida le esperan en la cafetería, al fondo a la izquierda.

—Gracias. Buen día.

Ros salió de la estancia, encontrándose con un enorme pasillo de cuatro metros de ancho, y se dirigió a su izquierda, caminando por el largo corredor hasta llegar a la zona de refrigerio. Abrió la puerta de madera de roble encima de la cual un pequeño rótulo contenía la leyenda «Cafetería» y alzó su mirada. Sonrió. Al fondo a la izquierda se encontraban sentados el director general de la agencia y los hermanos Almeida.

Martín era un distinguido señor que por poco no cumpliría la sesentena, de estatura media, algo pasado de peso, con pelo gris que comenzaba a huir de su cabeza y una característica y poblada perilla que incrementaba la imagen de seriedad, respeto y distinción que transmitía. Iba vestido, como casi siempre, con su característico traje de chaqueta azul oscuro, al que acompañaba con camisa blanca, corbata roja y zapatos negros.

A María Almeida se le adivinaban trazas de exuberancia física pese a su delgadez; con casi un metro setenta de estatura, ojos negros como el azabache, como su pelo, en media melena, labios relativamente gruesos y una mirada encandiladora, Daniel pensó con razón que, si semejante mujer había dedicado su vida a la investigación científica, su apego a la ciencia había de ser cien por cien vocacional, ya que no habría tenido precio como modelo o actriz. Vestía vaqueros, jersey y camisa blancos y zapatillas informales, no deportivas, del mismo color que la camisa.

Nadie diría que Joao y María eran hijos del mismo padre y de la misma madre salvo por el color de sus ojos y la immaculada dentadura. El corpulento Joao, con descuidada barba de varios días, vestía moderno y discreto, sin alardes, con camisa blanca, chaqueta casual gris, pantalón chino burdeos y mocasines a juego.

—¿Qué hay, chavalote? ¿Qué tal el viaje? —preguntó un afable y jovial Martín Urriaga.

—¿Qué hay, chavalote? —reprochó irónica y educadamente Daniel mostrando no obstante una sonrisa—. Si me has convocado hoy aquí, en estas instalaciones, lejos de todo y de todos, será porque vamos a tratar un asunto de vital importancia.

—Relájate, hombre.

—Lo estoy, Martín. Ya sabes que nunca, bueno, creo que nunca pondré objeción a tus instrucciones —replicó Daniel con gesto afable pero serio—. El viaje bien, sin problemas. Ni pizca de tráfico, carretera estupenda, paraje cautivador este... Lástima que no estemos en primavera. Me alegro de conocer Manza por fin, la verdad. El único reparo es que no he desayunado; únicamente tomé un vaso de agua con limón al levantarme a las seis y me he venido para acá.

—Antes que nada, perdonadme, te voy a presentar a Joao y María Almeida, rectores delegados de este complejo.

Daniel estrechó la mano de María Almeida.

—Señora Almeida, buenos días. Es un placer conocerla.

—Igualmente, señor Ros —contestó ella—. Mejor si nos tuteamos, ¿no?

—Vale.

Acto seguido hizo lo propio con Joao Almeida.

—Joao, encantado de conocerte.

—Lo mismo digo, Daniel —respondió Joao.

—Pues tómate lo que te apetezca, hijo —propuso Martín—. No es que estemos en el paraíso, pero aquí tienes de todo, dentro de unos límites, claro.

—Gracias. ¿Qué tal los protocolos de salud? Os lo pregunto a todos.

—Debo decirte, para tranquilidad de todos, que las normas de seguridad, salud e higiene en el trabajo son aún más estrictas, si cabe, aquí que en Madrid. Todo está en orden, hijo, no te preocupes.

—Sí, eso parece.

—Bien, ¿qué quieres tomar? —preguntó Martín.

—Ahora, cuando venga el camarero, os sorprendero —respondió Daniel, escudriñando el recinto en el que otros cuatro empleados almorzaban juntos alrededor de una mesa situada a tres metros de ellos y dos chicas se disponían a salir—. ¿Siempre está abierto el bar?

—Claro, aunque tiene un horario preestablecido entre las siete de la mañana y las once de la noche. Rodrigo, por favor —Martín levantó sensiblemente la voz mientras con su mano derecha hacía una seña al camarero de origen guineano que se encontraba tras la puerta de la cocina, detrás de la barra, para que se acercara a la mesa.

Un robusto hombre de mediana edad, calvo, con perilla, se acercó a la mesa.

—Buenos días, señores, díganme.

—Para mí, un café cortado y una barra de pan con tomate y aceite —demandó Martín.

María Almeida alzó la vista y pidió dos cafés con leche y dos donuts mientras su hermano daba su conformidad levantando el dedo pulgar de su mano derecha.

—Si es posible, me trae usted un bocadillo de tortilla de patatas con jamón serrano y queso y un zumo de naranja —pidió Daniel—. Y también una Coca-Cola o una Pepsi-Cola, me da igual, hoy con azúcar y cafeína y, muy importante, sin rodaja de limón.

—Sí, señor —respondió Rodrigo, dándose acto seguido la vuelta y marchando hacia la cocina.

—Te vas a poner las botas, muchacho —comentó Martín jocosamente.

—Ya te digo. El desayuno pasa por ser la comida más importante del día y, la verdad, vengo con hambre.

—Se nota —comentó nuevamente un complacido Martín.

Joao y María asintieron al unísono y esbozaron asimismo una sonrisa.

—Bien, reponemos fuerzas y nos vamos a la sala de reuniones para mayor tranquilidad, seguridad y privacidad.

—¿Mayor privacidad? Si no hay casi nadie... Una vez se vayan los de esa mesa, podríamos debatir a voz en grito, daría igual —afirmó Daniel señalando discretamente a los cuatro comensales casi contiguos.

—Sí, majo, pero hay que cumplir el protocolo. Os he convocado por algo. Voy a poner en vuestro conocimiento, y solo en vuestro conocimiento, el asunto que nos ocupa. Me explico. Joao y María, vosotros conocéis la variante científica del tema, y tú, Daniel, la parte logística del mismo, así que los tres vais a tener conocimiento pleno de la cuestión una vez os revele toda la información de que dispongo —aseveró Martín con un semblante que se había tornado voluntariamente adusto.

—Vale —respondió Daniel, mientras los hermanos Almeida permanecían impassibles.

El cuarteto desayunó tranquila y relajadamente; Daniel, por demás, glotonamente.

Martín pagó la cuenta con gesto de satisfacción, pues la minuta ascendía a poco más de la mitad que en cualquier otro restaurante, ventajas de las subvenciones. Tras haber fumado Dan su sempiterno pitillo matutino en el exterior de la cafetería, aquel, este, Joao y María se encaminaron hacia una dependencia de medianas dimensiones ubicada a la izquierda del bar y al fondo del ancho corredor.

—Perdóname que te lo diga, Daniel, no quiero ser políticamente correcta ni importunarte, pero fumar está en desuso —comentó María educadamente mientras arribaban a la sala de reuniones.

—Lo sé, María. Muchas gracias por el consejo. Unos beben sus vasitos de vino, otros su café, otros su copita y yo mis cinco cigarrillos diarios. Nunca excedo este límite.

—Pero podrías dejarlo.

—No —respondió rotundamente Daniel—. Llevo mucho tiempo así y es para mí un placer fumar un cigarrillo ocasionalmente. Soy consciente de que la gente, en general, o fuma o no

fuma, pero yo lo interpreto como un regalo que me hago. Realmente, solo fumo tras las comidas. Agradezco tu preocupación, pero estoy hecho un toro. Hago deporte aeróbico y anaeróbico, me alimento estupendamente...

—Ya lo he visto, ya.

—... y me cuido. Como te decía, indudablemente es mejor no fumar, pero mi dosis diaria de droga es muy escasa. Los exámenes médicos periódicos corroboran que estoy pletórico.

—No me tomes a mal el comentario.

—Para nada. Agradezco tu preocupación. Martín también fuma de vez en cuando.

—Solo en ocasiones especiales, cuando tengo algo que celebrar —aclaró el jefe, que esperó a que María, Daniel y Joao entraran en la sala y cerró la puerta tras de sí.

La luz natural iluminaba una espartana habitación con paredes blancas y amueblada con una gran mesa rectangular de madera pulida negra, cuatro sillas del mismo color a cada uno de los lados y una en cada uno de los extremos longitudinales de la misma. Invitó a Daniel y a los hermanos Almeida a acomodarse. Estos se situaron a un lado de la mesa, con las ventanas a sus espaldas, y Dan y Martín frente a ellos.

—Bien, damos comienzo a la reunión —manifestó Martín con tono solemne.

El director general de Brio carraspeó ligeramente y miró fijamente a cada uno de los presentes durante unos segundos.

—Barle da nombre, en honor a su creador, a un producto ingeniado y desarrollado en 1992 en clave de loción facial para mejorar la potencia sexual masculina. Dicha invención tuvo muy poco éxito en el mercado. Funcionaba bien, sin llegar a los extremos de la viagra, pero, leo —expuso Martín echando un vistazo a un dossier encuadernado que había colocado frente a sí—, el Real Decreto 1907/1996, de 2 de agosto, ya ha llovido desde entonces, ¿eh?, sobre publicidad y promoción comercial de productos con pretendida finalidad sanitaria, le dio una estocada mortal y consi-

guió enterrarlo. Podéis interrumpirme en cualquier momento, por supuesto, para cualquier consulta, aclaración, corrección, duda o comentario que consideréis oportuno.

Daniel, María y Joao asintieron en silencio, continuando Martín la disertación.

—Quizás esta exposición deberían realizarla Joao o María, pero, en fin, la hago yo. Si me equivoco, me corregís. Barle, o el Barle, como queráis denominarlo, se compone genéricamente de etanol, ácido nicotínico, arginina, hidroqueratina y otras esencias que, combinadas en unos hábiles porcentajes, dan lugar a la loción que se aplicaba en la cara de los hombres a modo de *aftershave* o colonia. El inventor originario no consiguió la fragancia que deseaba para el producto, ya que el mismo tenía un olor característico, ni bueno ni malo, pero, eso sí, característico. Por otra parte, según se desprende del dossier, al no disponer de suficientes recursos económicos, hubo de patentarlo como cosmético, lo que le costó unos cuatro mil euros, en lugar de como medicamento, cuyo coste subía hasta unos cincuenta mil euros, de los que carecía en ese momento y sin posibilidad de optar a crédito. Si el Barle hubiera sido patentado como medicamento, e independientemente de su previsible éxito, es seguro que ahora no estaríamos aquí.

—Vale. Perdona, Martín —interrumpió Ros dirigiendo su mirada a Joao y María—. No sé si lo sabéis, pero el Barle llegó a Brio a través de mí. Lo digo como aclaración, no por nada. El hijo del creador del Barle, Luis, casualidades de la vida, era el anterior propietario de mi actual vivienda. Nos conocimos después de haber puesto su piso a la venta en un portal inmobiliario. Redactó el contrato de arras, quedamos para firmarlo y hacerle entrega de la señal y me cayó bien. Es un tío en el que se puede confiar. Cuando coincidimos en el notario para formalizar la escritura pública de compraventa, estuvimos hablando un buen rato y hemos ido manteniendo la amistad con el tiempo. Así las cosas, en una ocasión, recuerdo que, cenando en un VIPS, él me habló del Barle. Me dijo que la patente de la que hablaba Martín hace un momento había



quedado obsoleta, en desuso. Luis disponía del expediente completo, regalo de su padre, que contenía los estudios, las fórmulas químicas y el proceso de patente de invención a través de un agente de la propiedad industrial con la inscripción en el Registro de la Propiedad Industrial como patente de invención.

—No conocíamos este punto —opinó Joao Almeida.

—El dossier Barle —continuó Daniel— estaba guardado en un cajón en el despacho de este amigo, que no había renovado la patente desde 2003 por las ataduras que le imponía el decreto de 1996 al que ha aludido Martín, que prohibía los denominados «productos milagro». El Barle era tal por una mera cuestión crematística, pues el coste de la patente como medicamento era más de diez veces más caro que el de la patente como cosmético, que era a lo único que pudo acceder su padre en aquellos momentos, como ha señalado Martín. Finalmente, Luis accedió a entregarme el expediente completo, por si podía resultar de interés para Brio, dada la actividad de la agencia, y para que yo le diera el curso más razonable que pudiera. Él sabe que trabajo en inteligencia, pero nada más.

—¿Cuánto pagó Brio por la documentación completa? —interpeló María.

Martín Urriaga se levantó de la silla y respondió con voz solemne.

—Nada.

Inmediatamente se sentó de nuevo.

—¿Cómo? ¿Nada? El tal Luis, tu contacto, el cedente, ¿qué es, una especie de altruista o algo así? —preguntó Joao.

—No. Es un tipo normal y corriente, quien, a diferencia de la tendencia generalizada actual, no vive por y para el dinero, y no está forrado, creedme. Es un tío práctico. Él no podía hacer nada con el Barle y nos lo entregó a nosotros sin coste y además con un contrato de cesión en exclusiva que suscribió el jefe —replicó Daniel girando la cabeza y apuntando a Martín con la mirada.

Este retomó nuevamente la dirección de la reunión.

—Aclarado queda este punto. Seguimos. Debo expresar la gratitud de Brio, en general, y mía, y creo que de todos, en particular, por este invento, del que Joao y María han extraído la quintaesencia. Por favor. —Martín señaló a María con su mano derecha para que esta prosiguiera con el discurso.

—Desde el punto de vista meramente científico, el Barle funcionaba razonablemente bien. Sin embargo, mi hermano y yo hemos conseguido sintetizar un elemento, el *keriq*, el cual, combinado con los componentes que ha mencionado Martín hace un momento, y en porcentajes ligeramente diferentes a los originales, han dado lugar no sé si a un nuevo producto, pero sí a una evolución del Barle inicial. El nuevo Barle, nuestro Barle, mantiene el vigor sexual del original, pero además incrementa hasta el punto de duplicar la resistencia física y anímica y el poder de concentración. En definitiva, el rendimiento físico e intelectual aumenta muy, muy, muy considerablemente —afirmó una sonriente María, cuyo rostro denotaba una indisimulada satisfacción.

—Esto significa, en lenguaje vulgar, que una persona que trabaja normalmente ocho horas podría hacer lo mismo en cuatro. La aplicación generalizada del Barle implicaría que cualquiera tendría un rendimiento equivalente a dieciséis horas de trabajo diario a pleno rendimiento en una jornada laboral de ocho horas, la habitual —puntualizó Joao—. Y, además, luego llega a casa, hace un poco de deporte, ve la televisión o navega por Internet, cena y finalmente disfruta de un gratificante coito.

—Y supongo que, para redondear las excelencias del Barle, con un agradable perfume —añadió Dan.

—Con uno no, con tres distintos para hombre y también tres distintos para mujer —comentó María, aún sonriente—. No solo eso. Estamos trabajando en varias nuevas fragancias. Como decía mi hermano, las pruebas llevadas a cabo en muchas y distintas localidades y con numerosos y variados sujetos, tanto hombres como mujeres, demuestran que, gracias a la fortaleza que el Barle da a la persona que lo utiliza, esta mantiene un vigor físico y mental

de tal magnitud que le permite mantener una gran concentración, disfrutar de una satisfactoria relación sexual y dormir como un bebé —matizó María.

—¿Cuántas personas han probado nuestro invento, aproximadamente? —preguntó Daniel.

—Diez mil. Hemos llevado a cabo las pruebas durante seis meses en varios países y procurado actuar no ya en el anonimato o en la discreción, sino dentro del más férreo hermetismo. Y el resultado es unívoco. El Barle funciona a las mil maravillas y además nadie conoce nuestros ensayos. Es un muestreo interesante, ¿no os parece? —argumentó María.

Martín se levantó y comenzó a pasear por la sala mientras Daniel, Joao y la doctora Almeida cambiaban impresiones. El director de Brio volvió a intervenir.

—Bien, en síntesis, ya sabéis los tres los aspectos del Barle que desconocíais. Es un logro sin precedentes, ¡es cojonudo! Y sin efectos secundarios.

—Sí, y los cuatro estamos aquí por algo. El secretismo de esta reunión en este paraje aislado, la concreción de la efectividad de los resultados del Barle... Da la impresión de que todo está listo para iniciar una nueva etapa, ¿me equivoco? —comentó Dan.

—No, hijo, no te equivocas —contestó Martín—. Dada nuestra privilegiada situación como agencia de investigación con plena autonomía y con un único límite, el presupuestario anual, bien elevado, por cierto —puntualizó Martín con mirada cómplice—, teníamos la idea inicial de elaborar el Barle en cadena de producción, aunque desconocíamos si directa o indirectamente. Ya ha sido patentado, en tiempo récord, como medicamento y como cosmético, habiendo limado las aristas legales que impedían su comercialización como producto milagro. Ya no es tal. Es un cosmético especial, por un lado, y un medicamento, por otro, es decir, se puede vender en farmacias y en perfumerías, grandes superficies y supermercados. En su versión de cosmético, se aplicará como loción en clave de colonia y, en la vertiente medicamento, se podrá

emplear en pastillas, sobres bebibles o incluso como loción, todos ellos completamente inocuos.

—Es lo que tiene ser poderoso —expresó Dan—. Me refiero a Brio, claro.

—Claro —corroboró Martín.

El director general de Brio inició acto seguido un nuevo y breve discurso.

—Aprovecho la ocasión para sintetizar la relación entre Brio y Barle. Como sabéis, Brio se constituyó dos años atrás, el día 2 de enero, de modo uniforme en todos los países de la Unión Europea con dicha denominación, común en y para todos los países. Brio es una palabra española que indica e implica fuerza, gallardía y pujanza. Por su significado, su eufonía y su simplicidad ha sido aceptada por unanimidad como la que da nombre a una organización supranacional europea cuyos objetivos son investigar, crear y poner en el mercado productos y servicios que sean beneficiosos para la población, así como para salvaguardar los mismos; de ahí que todos los Brio dispongan de un servicio de inteligencia específico, exclusivo y especial.

—Cada Brio nacional está dotado de personal especializado y financiación estatal en cantidad suficiente para atender los objetivos de análisis, mejora e implantación de productos y servicios que sean susceptibles de lograr un beneficio tanto social como económico, político, logístico o de otra índole en cualquiera de los países que conformamos la Unión Europea, y con proyección al resto de los estados. Es un modo más de potenciar a la Unión Europea frente a gigantes como los Estados Unidos de América, China o, en menor medida, Japón —matizó Daniel.

—Y Rusia —añadió Joao.

—Rusia únicamente es una potencia militar. Su PIB es comparable al de España, lo que no dice mucho en su favor —puntualizó Ros.

—Bien, continuó —interrumpió Martín—. Con base en el reglamento europeo, cuya nomenclatura nunca he conseguido

aprender de memoria, de hace tres años que otorgó la base legal para su creación y desarrollo, cada Estado miembro de la Unión cuenta con una central de la agencia, siempre en las capitales de cada país, y un centro de experimentación, en nuestro caso, Manza.

—Nunca había estado aquí. La verdad, es una magnífica instalación. Desde lejos no solo no se adivina, sino que prácticamente no se ve nada. Un cortijo con una casa muy grande impecablemente camuflado entre un sinfín de encinas. Estoy impresionado —adujo Daniel.

—Sí. Está fenomenal. Ahora seguimos con eso, pero dejadme resumir Brio, ¿os parece? —inquirió Martín, algo impaciente.

—Sí —respondieron al unísono sus interlocutores portugueses mientras Dan le miraba con gesto desenfadado y asentía con un movimiento de cabeza.

—Bien. Prosigamos. La dotación de Brio es de ochenta y cinco personas, sesenta y tres adscritas a Madrid y veintidós a Ciudad Real.

—Nosotros conocemos bien estas instalaciones, pero Daniel no; y del mismo modo, vosotros conocéis Brio Madrid a la perfección y mi hermana y yo no —apuntó Joao.

—Todo a su tiempo.

—De acuerdo, Martín.

—Cada Brio nacional goza de plena autonomía respecto de todo otro tipo de entidad, si bien existe de hecho y de derecho una colaboración e interacción plenas entre los países de la Unión. Evidentemente, con algunos te llevas mejor. Nosotros, en particular, mantenemos una excelente relación con Brio Francia, con Brio Alemania y con Brio Portugal.

—Sin embargo, Martín, no resulta fácil aglutinar voluntades en este sentido, aunque los objetivos sean comunes —apuntó Daniel.

—Cierto, pero la experiencia de dos años nos hace ser optimistas —aseguró Martín—. Todo el personal conoce en qué consiste la entidad para la que trabaja, pues todos habéis pasado un curso de formación centrado exclusivamente en la agencia, sus objetivos,

su ámbito territorial y funcional, su alcance, sus recursos... Todos estáis sujetos a una estricta confidencialidad cuya vulneración comportaría el ejercicio de acciones penales y que, me atrevo a decir, nadie va a conculcar. Vosotros tres sois concededores de más información y de mayor nivel y relevancia que vuestros compañeros, pero a partir de este momento vais a subir un peldaño más.

—¿Pues? —inquirió Daniel.

—Nos hemos reunido hoy aquí para que los tres tengáis los mismos y exhaustivos conocimientos de Brio y del Barle y asimismo porque es mi deber indicaros que tenemos fundadas sospechas de que ciertos servicios secretos se encuentran muy interesados en este último, y dado que Brio comporta servicios de inteligencia, confronto la parte técnica de Manza y el desarrollo del Barle con la labor logística y estratégica por parte de nuestro agente especial, Daniel Ros.

—Parece inquietante —apuntó María, ciertamente intrigada.

—Sí, lo parece. Veremos. Nuestras pesquisas, en colaboración con nuestros colegas franceses, revelan que existe una brecha. No se trata de una cuestión tangible en puridad, si bien nuestros canales de información nos indican que el FSB ruso, a través de su agencia Murmansk, ¡qué original!, está moviendo hilos al respecto. Tenemos la convicción, casi la certeza, de que se trata de un interés específico en el Barle, así que por ahora se encuentran a salvo otros productos que están desarrollando nuestros aliados, como el Total Tactical Tracking System alemán (abreviadamente, TTTS), o el Berny francés, cuyo detalle no creo que deba ser objeto de disertación ahora.

—De acuerdo, Martín, entonces, ¿cómo enfocamos el plan de acción? —preguntó un inquieto Daniel, que desde ese mismo momento sabía que él sería el encargado de coordinar las operaciones.

—Toda la información relativa al Barle está contenida en los ordenadores de nuestros dos científicos aquí presentes. La hemos incorporado a varios dispositivos USB: uno para la salvaguardia por parte de Joao y María; otro que protegeré yo en la caja de seguridad

acorazada de mi despacho en Madrid; un tercero que tutelaré Brio Portugal, dada nuestra inmaculada relación con ellos y la confianza que me merece desde siempre su directora, Fátima Guimaraes; y finalmente, un último *pendrive* que habrá de llevar Daniel a París para su guarda y custodia por Brio Francia.

—¿Por qué tantos dispositivos?

—La amenaza que suponen los piratas informáticos rusos, sin duda patrocinados por el Gobierno a través del FSB y de Murmansk, ha provocado mi decisión de hacer borrar de nuestros ordenadores absolutamente toda referencia al Barle y así, si los amigos de lo ajeno finalmente lograran internarse en nuestra red, se van a encontrar con una peineta. Por lo tanto, es conveniente descentralizar y diversificar las opciones en quienes más confianza me inspiran y de este modo tendremos cuatro dossieres Barle, quedando protegido nuestro magnífico invento, bueno, reinvento, y asegurada la valiosa información que contiene.

—Y una vez acabe la operación que aún no hemos iniciado, el dossier volverá a volcarse desde los dispositivos USB al disco duro.

—Así es, Dan. En el peor de los casos, siempre habrá alguno de los nuestros que disponga del expediente Barle y pueda hacerlo valer.

—Vale. Aunque desconocemos la información que manejan nuestros enemigos, me parece que has tenido una buena idea.

—Tanto Joao y María como Fátima Guimaraes, Jacques Lefebvre y yo disponemos de una cámara de seguridad a la que únicamente se puede acceder mediante escáner biométrico por huella digital, así que, una vez hayas entregado los *pendrives* a cada uno de sus destinatarios, el informe Barle quedará seguro y libre de ataques. Joao y María van a guardar el dispositivo USB tal cual dentro de un momento y yo haré lo mismo sin demora con otro idéntico cuando llegue a Madrid. Tú debes completar la misión entregando una tarjeta de crédito de Novo Banco en Lisboa y un mechero ultraplano en París, ¿de acuerdo?

—Sí, hombre, sí. Descuida.

—Una cosa más. Pese a que los expertos informáticos no suelen encontrar mayor impedimento en descifrar las claves, he decidido incorporar usuario y contraseña al *pendrive*. Así, en su caso, si nuestros adversarios se hicieran con alguno de los dispositivos USB, no lo tendrán del todo fácil —dijo Martín, quien anotó en tres folios «Usuario: BrioUE1. Contraseña: ManMadLisPar2» y los entregó a Daniel, Joao y María—. Memorizad las claves. Tenéis tres minutos. Luego, rompéd los folios y dádmelos. No quiero que quede ningún rastro.

Durante un intervalo de cinco minutos se hizo el más absoluto silencio en la sala mientras los hermanos Almeida y el agente especial Ros cumplían el mandato de Martín.

—Ya está —afirmó Daniel—. ¿Joao, María?

—Datos memorizados —comentó ella hablando por sí y por su hermano, quien asintió.

—Bien, te he elegido a ti porque eres el canal más fiable —señaló Martín dirigiendo la mirada a su pupilo—. Ninguno de los cuatro dispositivos es copiable salvo el mío. Encárgate de que Fátima Guimaraes y Jacques Lefebvre se pongan en contacto conmigo para facilitarles las claves. No se las des tú. Lo digo por si hay medios de escucha no deseados.

—Vale.

—A ver, a pesar de lo que comentáis, Daniel y Martín, ¿no estaremos extremando nuestro celo? ¿No estamos un poco paranoicos? ¿No sería mucho más fácil, rápido y práctico enviar dicha información por *e-mail* o con algún tipo de clave subirla a una plataforma digital de Brio? —questionó Joao.

—No nos parece del todo seguro, Joao, máxime con el nivel de pericia que no solo se les presume, sino que, de hecho, tienen los piratas informáticos rusos. No nos fiamos. El martes mantuvimos una videoconferencia los directores de los Brio nacionales y convinimos unánimemente que la distribución del Barle había de realizarse de modo personal a través de nuestro mejor agente, aquí presente, Dan —afirmó rotundo Martín.